

España como preocupación

JUAN DEL AGUA

Vuelve a reeditarse muy oportunamente en este I Centenario del 98 una preciosa antología de textos de los mejores escritores españoles de los siglos XVII al XX, reunida y comentada por Dolores Franco, que vienen a constituir lo que ha sido el *argumento* mayor de la cultura española desde el siglo XVIII al menos. Presidida en la cubierta por el extraordinario retrato de Jovellanos, modelo de intelectual responsable, pintado por Goya, y del que tantas virtudes irradian: bondad, delicadeza de la sensibilidad, inteligencia, melancolía inevitable ante el espectáculo del mundo, lleva por título *España como preocupación* (Alianza Editorial, 1998) y está dividida en seis capítulos, que son como los “actos” del drama del vivir hispánico de la edad

moderna y contemporánea. “Siglo XVII: la primera zozobra”; “Siglo XVIII: examen de conciencia”; “El romanticismo: España en carne viva”; “El realismo: en busca del tiempo perdido”; “La generación del 98: El dolorido sentir”; “España como problema intelectual”. El prólogo originario es de Azorín, uno de los escritores de la literatura española por el que la autora sentía más admiración y entusiasmo, y ahora le antecede un texto conmovedor, particularmente rico en noticias autobiográficas, de Julián Marías, su marido.

El interés de esta reedición es múltiple. Primero, porque los jóvenes vuelven a disponer de una serie de textos particularmente relevantes y significativos

sobre la España moderna y contemporánea, sobria, admirablemente comentados, de un valor pedagógico permanente. Pero para los que ya conocen el libro, tampoco carece de interés cuando se le relee desde la situación actual, que no es, desgraciadamente, la de su autora. Me explicaré. La antología termina con un capítulo dedicado íntegramente a Ortega, y que, por encima de las ideas concretas de éste sobre nuestra historia, viene a subrayar *el significado* de la filosofía española en la España del siglo XX. En esa “vena de honda preocupación nacional, que unas veces corre profunda y otras aflora a borbotones”, el “desenlace” filosófico es decisivo. Como indica Julián Marías, la autora era consciente de la necesidad de completar su antología con algún capítulo más: el de las interpretaciones de otros miembros de la generación de Ortega — Madariaga, Sánchez Albornoz, Américo Castro— y de la generación siguiente, que, por cierto, no se reducen a las de un solo nombre: Laín Entralgo. Pero, además, aunque conocía el deseo de darle algún día cabo, la autora no llegó a ver escrito *España inteligible*, libro en que tiene lugar el “desenlace” real de ese argumento secular de la cultura española denominado “la preocupación de España”, y del que esta antología viene a ser las raíces personales más inmediatas. Una lectura atenta del texto-prólogo de Julián Marías hará ver por qué. Lo que me interesa subrayar aquí son los aspectos nuevos que se desprenden de *España como preocupación* leída desde la situación actual.

Lo que esta antología muestra más claramente, en contra de lo que se ha dicho y aún se dice, es que en España ha existido siempre un pensamiento, si no siempre acertado, casi siempre de un alto nivel, antecesor de la *razón histórica*, y que en buena medida ayudó a alumbrar. Este pensamiento literario, en muchos sentidos tan original, fruto y expresión de la

inquietud de una parte de las minorías españolas por la realidad histórica de su país, ha tenido una función muy importante en la historia de España en los últimos tres siglos. Ni abstracto, ni utópico, aunque fuertemente impregnado de actitud lírica y de responsabilidad intelectual, junto con la vitalidad del pueblo y la solidez de las formas de la vida española, ha permitido a la nación mantenerse en pie, a pesar de los avatares desgraciados por los que ha pasado y su continua escasez de recursos materiales. En una situación muy desfavorable, respecto de las grandes naciones europeas, de cierta marginalización e inferioridad, España ha sabido conservar una buena salud psicológica, pese a los brotes de violencia y de vesánica discordia que ha padecido. Así se explican los repentinos, a veces asombrosos, ensayos de renacimiento o restauración histórica de la nación que, si bien se han ido frustrando por unas causas u otras, no se han perdido del todo. Se han ido acumulando —la trayectoria de la cultura desde 1750, incluso antes, lo deja ver— las experiencias hasta constituir un “umbral de explosión impulsiva” que ha permitido el despegue de una España, llena de problemas sin duda, pero relativamente reconciliada consigo misma y con perspectivas *reales* de futuro. Esto significa que España no es sólo “inteligible”, sino además, que ha sido inteligente, al revés de lo que muchos han pretendido creer y otros, desgraciadamente, hacer para demostrar lo contrario. Pero en esta vida nada es seguro, y sólo se consigue mantener la dignidad de su figura con esfuerzo, sacrificio, inteligencia y otras virtudes no menos importantes que descubrimos en muchos textos de esta antología y en los comentarios que la informan. De esto quiero decir una palabra, pues me parece que de su cultivo o de su abandono depende en buena medida el porvenir.

El conocimiento de la propia historia —y de las líneas generales de la civilización común a la que se pertenece—, del argumento que constituye el proyecto originario colectivo, y de

las *condiciones* materiales, culturales, religiosas que han hecho posible su realización y permitirían su continuidad creadora — “conservar y añadir”—, forman parte del subsuelo del porvenir español. En último análisis, apoyándose unas veces en un aspecto, otras en otros, *España como preocupación* no habla de otra cosa, y no se entiende la pretensión íntima de la autora si no se tiene esto en cuenta. El cultivo —personal, naturalmente— de la sensibilidad y del intelecto para captar con la mayor precisión “los hechos relevantes” de la historia, como los llama Julián Marías, y afinar el sentido de lo real; el esfuerzo para ser fiel a la vocación libremente aceptada, y para ser veraz; la valentía para testimoniar de lo que se cree justo y verdadero sin esperar nada a cambio, ni buscar una “eficacia” inmediata, que suele ser un espejismo (los molinos de la historia muelen despacio), son algunas de las cualidades humanas que debemos convertir en hábitos espontáneos, si deseamos continuar con el mismo “genio y figura”, la misma “chispa” espiritual, nuestra más que milenaria historia. Incluso en las condiciones más desfavorables, como eran las de los años en que se gestó esta antropología (1.^a ed. 1944) —y a mayor abundamiento cuando no es así, como ocurre hoy— hay que *hacer ver* las posibilidades, los valores, la belleza, la verdad de las cosas de que se puede vivir con dignidad y sentido con el fin de que sirvan de orientación e inspiración a la gente de buena voluntad. Hay, pues, que obrar con esmero, paciencia, voluntad de servicio y de concordia, veracidad, sin esperar más beneficio que el del trabajo bien hecho que procura la paz a la conciencia; y con esperanza, al ejemplo de Lolita Franco en este libro, lleno de preocupación bienhechora por la realidad de España y de su porvenir, realizado con una inteligencia y una sensibilidad luminosas.